

¡Qué de penas no han pesado sobre mí durante este tiempo!

Enriqueta Vásquez de Ospina: escrituras espectrales de una mujer silenciosa¹

María Mercedes Gómez Gómez

Historiadora, mmgomez@unal.edu.co

Hay una mujer. Me he visto reflejada en ella, a pesar de los casi dos siglos que nos separan. He reído. He llorado. Me inquieta. La he visto caminando por los pasillos con su vestido negro, austera y sencilla sin caer en el desaliño, pletórica en redondeces. Vestido largo, ceñido a la cintura, procurando cubrir la mayor parte de su cuerpo. Botonada hasta el cuello, corona la austeridad de su vestido negro, un pequeño encaje blanco. Me observa con mirada inquisitiva, sus cejas arqueadas y sus ojos profundos. Hemos tenido largas conversaciones. Ahí está casi dos centurias después. El mundo no deja de ser azaroso: la correspondencia de Enriqueta se conserva por azar. Si los hombres de su familia no hubieran sido inmortalizados en la tinta o en la piedra por sus grandes hazañas masculinas, si sus nombres no se hubieran cubierto con pátina de oro, su correspondencia no sobreviviría —se consumiría en el fuego o entre la tierra y la humedad—. Un conjuro ha salvado cada una de las palabras, que sobreviven en su escritura epistolar. Allí está, silenciosa y reposada, tras bambalinas, ocupando el lugar que le correspondía: *detrás de todo gran hombre hay una gran mujer*. La ciudad de los muertos es como la ciudad de los vivos. En el cementerio San Pedro, en Medellín, están sus restos, en el mausoleo de la Familia Ospina Vásquez. El lugar que ocupa es una metáfora: un mausoleo blanco. Aspirando a las alturas y en el frontis está Tulio, uno de sus hijos —el primogénito—, su esposo, Mariano, abajo; y a izquierda y derecha, dos hijos más de la pareja. A ras de suelo, en la parte posterior, oculto tras una columna, deslucido y opaco, aparece el nombre de **Enriqueta Vásquez de Ospina**, como

una figura espectral. Escribo sobre mujeres de otros tiempos, porque en ellas encuentro lo que no puedo explicar de mí misma.

Mis hijos no tienen pasado de qué hablar, han vivido errantes como sus padres, y no pueden tener siquiera como nosotros, el amor a la Patria, que nunca se extingue. Ellos no tienen patria, pero mi corazón y mi razón me dicen que tengo el deber de buscarles una a costa de cualesquiera sacrificios ¿Cuál será? Jamás imaginó Enriqueta, cuántas lágrimas derramaría y qué caminos la alejarían de una tierra preñada de afectos. La palabra patria hace referencia al *país del padre*. Los hombres van a la guerra y aun descendiendo del mismo padre —de la misma tierra—, han decidido morir por la patria. Caín mató a Abel. Caín y Abel eran hermanos. País de caínes y abeles. Morir ha sido un acto heroico y se ha constituido en el acto sublime para escribir la historia patria *¿Y qué es parir?* Entre Eros y Tánatos, nos hemos decantado por la pulsión de muerte para escribir la historia. Las mujeres paren, los hombres van al campo de batalla. Siglo diecinueve. Una seguidilla de guerras intestinas que volvían yermo el territorio y traían el olor nauseabundo de los cadáveres descomponiéndose. Una patria teñida de dos colores: azul y rojo. En 1857, Mariano se ha ido de Medellín hacia Bogotá para instalarse en el Palacio de San Carlos y gobernar un territorio fracturado desde su génesis como Nación. Mariano es un conservador. Lo que hoy es Colombia era, para entonces, la Confederación Granadina. Cada quien impone modelos de administración territorial, idearios políticos y distintas constituciones que,

entre unas y otras, derivan en guerras. Nadie se pone de acuerdo. Mariano no es antioqueño de nacimiento. De Guasca, Cundinamarca, huye en su juventud hacia tierras antioqueñas y se refugia en Santa Rosa de Osos, para salvarse el pellejo. Ha sido uno de los conspiradores contra Simón Bolívar, en lo que pasaría a la historia patria, como la *Conspiración Septembrina*, en 1825.

Le prometió a Mariano parir con estoicismo. Sudorosa, jadeante, con la respiración entrecortada; pujando —una y otra vez, una y otra vez—, sin un quejido o una lágrima. Se mordía los labios y aullaba para adentro. Miraba al cielo, elevando una plegaria para no morir, imaginando en aquellas noches de alcoba, el goce inconfesable de un cuerpo femenino frotándose —una y otra vez, una y otra vez—, contra un cuerpo masculino experimentado. Siete horas interminables de labores de parto: *busqué ansiosa una persona a quien pudiera confiarle mis sufrimientos, pero en vano, esa única persona a quien yo me atrevía a confiárselos era a U. y estaba muy lejos de mí; entonces busqué en Dios todo mi consuelo*. Dios la acompañaba —en tantas ocasiones, más que Mariano— y a ambos los amaba con fervor. Quizás, las palabras que Enriqueta escribía en su correspondencia no expresan la intensidad con lo que ella sentía, era una mujer apasionada y triste, había nacido con el sino de la bilis negra y la definiría de un modo sublime, aunque no usara la palabra melancolía: *el hábito de vivir triste*. Con las piernas abiertas, en esa actitud de ofrendarse al mundo y a los goces del amor, expulsaba a una criatura. Paría y sangraba como artífice del milagro de la vida.

Medellín, 2 de abril de 1857. Mi Ospina querido: Ya nació nuestro hijo; si esta noticia le da un momento de placer quedará con esto compensados todos mis sufrimientos ¡Cuántos sacrificios cuesta adquirir el título de madre! Tulio Francisco Isidoro de los Dolores fue rociado con el agua santa, dos días después de su nacimiento, para evitar que, en caso de que muriera, fuera a parar su alma, Dios sabe dónde. El acto de parir estaba acompasado con el olor herrumbroso de la muerte, tanto para la criatura como para la madre. En medio de este acontecimiento, la vida se volvía muy frágil: *tengo el presentimiento de que se va a morir muy pronto, todo lo de él me inquieta sobremanera, si duerme, si llora, si hace gestos, todo me parece novedad*. Una vez le fue cortado el cordón umbilical, le sobrevino una pequeña hemorragia. Junto a su familia lloraba sin consuelo. El padre de Enriqueta había

puesto al niño entre sus piernas y dejaba caer, cada tanto, unas gotas de almíbar en su boquita. Mientras tanto, Mariano, en Bogotá, se ocupaba de cosas de hombres: leyes, guerras, conspiradores. Dejar huellas de su existencia y alcanzar la inmortalidad.

Ella se llevaba las manos al rostro e iba pasando una a una las cuentas del rosario —el primer misterio doloroso es la Oración en el Huerto: ¡Ave María purísima! ¡Sin pecado concebida a María Santísima!—, e imploraba su gracia a la Virgen de los Desamparados. La fe era el último recurso ante la inevitable imposibilidad de lo humano. Concepción, una de las hijas del matrimonio Ospina Vásquez, escribiría, años más tarde, una suerte de historia con la esperanza *de que estos mal redactados recuerdos se transmitan a la familia para que no pasen al olvido*. En medio de las vicisitudes políticas de una nación maltrecha, Enriqueta hallaba en la oración un consuelo, para que obrasen milagros: *la devoción a la Virgen de los Desamparados vino a ser la de nuestra familia; porque en la intercesión de la Virgen bajo esa advocación atribuía mi mamá el que mi papá y mi tío Pastor, su hermano, no hubieran sido fusilados, estando ya condenados a muerte, por Mosquera y en capilla*. Tiempos cenagosos, inquietantes. El bando contrario, pasara lo que pasara, no era más que el enemigo a muerte —Caín mató a Abel con una quijada de burro—.

Tomás Cipriano de Mosquera, liberal, había liderado una insurrección en el Cauca, en 1860, lo que obligó a Mariano a armar sus tropas para que no le fuese arrebatado el poder. Guerra. Muerte. Inquietud. Enriqueta se aferraba a sus hijos y a las plegarias, mientras esperaba, día y noche, las cartas de su amado Mariano para acabar, aunque fuera por un instante, con la agitación que le mantenía el alma en vilo ¿Estaría vivo, muerto o malherido? En aquellos momentos ¿Mariano recordaría las palabras que le escribiera Enriqueta, en 1857, mientras ella estaba en Medellín por su embarazo y él en Bogotá, yendo tras los laureles marchitos de la gloria? A pesar de que en su corazón de mujer latía la intuición de un panorama oscuro e incierto —no se equivocaba—; le escribía, con la sensatez y el amor de una esposa y de una madre, capaz de los más caros sacrificios: *que Dios le dé su gracia y le ilumine para que gobierne con acierto, que derrame a manos llenas sus bendiciones sobre usted, que le dé años muy felices, que se separe de aquel empleo con la misma calma y tranquilidad de*

¹ Sala de Patrimonio Documental de la Biblioteca Luis Echavarría Misas, Universidad EAFIT, Medellín. Fondo FAES, Archivo Mariano Ospina Rodríguez. Correspondencia recibida, 1857-1859, caja No. 16 y Escritos Familiares, Caja No. E/17, Doc. 1-26.

Piedad Gil Restrepo (2001). *Biografía de una matrona antioqueña: Enriqueta Vásquez de Ospina, 1832-1886*. Tesis de la Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
Estanislao Gómez Barrientos (1918). *25 años a través del Estado de Antioquia*. Continuación de la obra *Don Mariano Ospina y su época*. Primera parte (1863 a 1875), Tipografía de San Antonio, Medellín.

que gozaba cuando fue llamado a él, y que jamás tenga que arrepentirse de lo que haga durante este tiempo.

La ausencia de Mariano acentuaba su dejo melancólico, hasta tal punto que atribuía a aquella tristeza, la poca leche que brotaba de sus senos turgentes, para alimentar al hijo: *yo como mucho aunque con muchísima repugnancia, lo que creo es que la leche se me ha convertido en lágrimas*. Nos cuesta imaginarnos la pasión que puede contener un cuerpo que, antes de decidir casarse con un viudo —él llevaba dos matrimonios auestas, cinco hijos y veintisiete años más que ella—; había contemplado consagrarle su vida a Dios como religiosa, Dios en el que creyó y al que amó con fervor hasta su muerte, del mismo modo que en la vida terrena, a su esposo: *me he dejado arrastrar de la pasión del amor, hasta tal punto que me he hecho desgraciada*. Si Enriqueta escribiera, libremente, sin el pudor de aquella sociedad que escondía el cuerpo y exaltaba el alma, que veía pecaminoso los actos de la piel, que vigilaba y castigaba los yerros femeninos con vehemencia ¿Qué nos dejaría ver Enriqueta, más allá de su mundo sensible?: *¡Cuántas cosas recuerdo en el día de nuestro casamiento!* El lecho se convertía en llanto y la leche se entremezclaba con las lágrimas, para alimentar a Tulio Francisco Isidoro de los Dolores, que se hacía más fuerte, más hombre: *he hecho el descubrimiento de que las lágrimas son muy buen alimento para los niños*.

Mariano amaba la gloria y conquistar la inmortalidad. Enriqueta deseaba una vida sencilla y una familia. No imaginó las vicisitudes que la acompañarían en su existencia, durante cincuenta y cuatro años: separaciones, sentencias, apresamientos, guerras, persecuciones, huidas, exilios, expropiaciones, enfermedades, muertes, etc. Forjaría aún más su carácter, para mantener a salvo a su familia, en las circunstancias que le tocaran en suerte, así como mantener a Mariano en pie, abatido y devastado, en medio del exilio. Dios no siempre oía sus plegarias: *no puede figurarse el deseo que me da de que los rojos consiguieran sus deseos y que no fuera presidente*. Enriqueta hizo grandes sacrificios por su patria, pero han permanecido resguardados, ocultos. En un hogar todo era cotidiano y lo que las mujeres realizaran, en ese entonces, les correspondía por la impronta de su propia naturaleza. La maravilla y la hazaña estaban en el campo de batalla. En la pluma y en la espada. Resignarse era condición femenina.

Soportar con entereza, sin queja ni desvanecimiento, subordinadas a los mandatos divinos y a las leyes humanas. En su correspondencia y en las cartas cruzadas con otras mujeres de aquella época, hay una conciencia de la fragilidad de lo humano: *pero no es todo lo que el hombre piensa lo que viene a realizarse, sino tan solo lo que Dios ordena con su manto providente; yo confío en esa providencia divina y aguardo resignada sus decretos*.

Han pasado cuatro meses desde el nacimiento de Tulio, en abril de aquel año de 1857. Es hora de partir hacia Bogotá. Ha de dejar a su familia, que siempre la ha rodeado de amor, de respeto, de consideraciones: *al separarme de mi familia y de Antioquia, lo hice como quien ejecuta un acto heroico*. Es tiempo de ocupar su lugar en el Palacio de San Carlos. Pero no es su deseo, es el deseo de Mariano, aunque ella siempre estuviera dispuesta a complacerlo y a ser su compañera más fiel, hasta el último aliento. Como ella misma le escribiría a Mariano, prefería *retirarse a una hacienda de la sabana a cultivar la tierra y a ordeñar vacas y hacer quesos*. Mariano había escrito la historia: *cuando pienso en aquella casita con puertas de varas, en que hacíamos planes de vivir cuando nos casáramos, me parece que así sería del único modo que yo sería feliz*. El niño estaba muy pequeño, para desafiar la geografía a lomo de mula y en largas correrías: *Tulio ha seguido malo del estómago y estoy temiendo de que se me muera en el camino*. Días angustiosos en los cuales se le asienta la melancolía. Lloro. Sus lágrimas corren la tinta que impregna el papel y aunque para Enriqueta no recibe el nombre de sacrificio, todo acto que se lleve a cabo por amor, sufre. *Es increíble todo lo que estoy sufriendo; anteayer creí que me iba a enfermar gravemente, porque nunca en mi vida había estado tan exaltada y tan triste*. No duerme, no come y el hálito de vida que necesita para el viaje, proviene solo de la esperanza de reencontrarse con el hombre al que amaría tanto, que terminaría por morir de amor.

El 17 de agosto de 1857, Enriqueta partía hacia Bogotá en compañía de su padre, quien había tomado la determinación de hacer el dispendioso viaje por Manizales. El día que debían atravesar el Nevado del Ruiz, en compañía de su padre y de Teodora, la haya de sus hijos y a quien describía como *fiel y constante compañera*; la recua de mulas y ayudantes que acompañaban el viaje junto con el equipaje para acampar se habían quedado

atrás, en el camino, y no lograron llegar a tiempo para cubrirse de las inclemencias climáticas: *tuvimos que pasar una noche sin alimento y sin abrigo*. Había que proteger al pequeño Tulio Francisco Isidoro de los Dolores. Estaba bien abrigado, pero por la exposición a las bajas temperaturas, *sus manitas se ponían rígidas: resolvió mi papá que él y yo nos turnáramos para calentarlos con nuestro aliento y así lo hicimos hasta que amaneció*. Una vez amaneció, en una de las noches más largas de su historia, Teodora, su fiel compañera por veinticuatro años, tomó al niño en brazos para alejarlo del páramo y caminó hasta quedar sin aliento...

Muchos años han pasado sin que yo escriba en esta historia, que empezó por complacer a mi Ospina ¡Qué de penas no han pesado sobre mí durante este tiempo! ¿Pero cuál comparable con la pérdida de mi amigo idolatrado que era mi vida? En 1886, el año de su muerte y abatida por la ausencia de Mariano —quien había muerto, un año antes—; adolorida, achacosa y agotada por las mil y una batallas que libraría en vida, sitiada por recuerdos y ausencias, Enriqueta escribía y escribía para conjurar la melancolía. Estaba escribiendo sus memorias, cuando la parca ya no la sorprendería: *yo no vivo ya, puedo decir con verdad que soy un habitante del otro mundo que se quedó olvidado en este...*



Omar Moreno, "Historias de Familia 2", fotografiado sobre lata de aceite, @nicano_schiaffini